

# No sentimos inclinación por los traidores

**N**o es lícito pensar que siempre inferimos ejecución a nuestros adversarios: en ocasiones, cuando la eficacia o la misericordia lo aconsejan, no ya a la ejecución, sino que ni siquiera a la expiación de su culpa les conducimos, y ello es así porque si algo caracteriza a nuestra Democracia Absoluta es, de un lado, su capacidad de perdón, condición de los seres y de los sistemas fuertes, y de otro —lado—, su capacidad de integración de cuantas energías puedan, aún habiendo soñado con agredirla o derribarla —a la Democracia Absoluta—, ser no obstante reconducidas —las energías— y sumadas a cuantas otras energías dedica Jefatura a la implantación del bien común y al servicio a nuestro Sistema. Es pues uno de los principios de nuestra perfección omitir todo despilfarro de ambiciones que puedan ser de utilidad a nuestra Gobernación, así como anteponer la piedad a la justicia, cuando ello no lesione el equilibrio entre las necesidades del común y las instituciones encargadas de satisfacerlas o, en su caso, postergarlas o desengañarlas con argumentos razonables. Y fueron precisamente los argumentos razonables los que primaron en la discusión ocurrida en el Despacho de Deliberaciones de Interés Estatal, sito en el Palacio de Jefatura, contra los argumentos, no diríamos descabellados y ni tan siquiera ofuscados, aunque sí improcedentes, del monje que, como es tradicional, formaba parte de la Comisión de Deliberaciones; dicha Comisión estuvo formada, para dar solución al caso que pasamos a relatar, y como es preceptivo en tan decisivas reuniones, por un vicesubsecretario civil de Jefatura, un militar de graduación no suprema, un psicoanalista conductista, un delegado de la brigada policial a cuyo haber había quedado consignada la captura de unos delincuentes ahora sujetos a consideración, un taquígrafo de probada discreción y lealtad, el portavoz que redacta los presentes infolios y el ya mencionado representante de la clerecía, el cual monje se opuso en un principio al perdón y reconstrucción políticomoral de los delincuentes, por entender —el monje— que, al no mencionar éstos —los delincuentes— ni tan sólo una vez a lo providencial, quedaban automáticamente excluidos de los beneficios que la sociedad establece para todos sus miembros

y visitantes, con excepción de los impíos. Fue necesaria una laboriosa discusión teológica, sí que también una férrea argumentación psicolingüística, para que finalmente el monje, que una y otra vez repasaba con sobresalto el comunicado de los delincuentes políticos y proclamaba escandalizado no hallar en tal comunicado ni una alusión siquiera a sentimiento alguno trascendente —en lo cual erraba—, consintiese que Jefatura concediese su compasión, no indiscriminada sino que selectiva, a la banda de subversivos y decidiese, como punto final del orden del día, mantener con tres de los amotinados una conversación civilizada, de la que todas las partes —los delincuentes, Jefatura y la Democracia— pudieran alcanzar provecho.

La celeridad de la captura había sido posible gracias al arrepentimiento de uno de los miembros de la autodenominada vanguardia de la dictadura de la verdad absoluta revolucionaria, conjunto —de cuatro unidades, como dicho ha quedado— de idealistas, ahitos de ocio y no carentes de ambición política, que varios largos meses llevaban ya urdiendo una revolución, redactando los sucesivos borradores de su comunicado y procurando, aunque sin éxito —pues de otro modo nuestras autoridades no le hubieran consentido su compasión—, apropiarse del armamento que su proyecto revolucionario les demandaba. Precisamente el fracaso en la obtención de armas de fuego, explosivos y planos de los objetivos esenciales —cuando los culpables fueron detenidos sólo portaban consigo escasas navajas automáticas y una escopeta fabricada tiempo atrás para la caza de jabalíes, osos y bisontes, pero ya inutilizada por el óxido, el desuso y la ausencia de munición— fue, junto con ciertos desacuerdos de carácter estratégico y la insuficiente representación orgánica que el grupo estaba dispuesto a concederle, lo que indujo al desairado arrepentido a denunciar a sus camaradas y notificar a la policía el lugar y la hora en que habría de celebrarse la que sería la última reunión revolucionaria del leve ejército de subversivos. A la hora estipulada, miembros selectos de una brigada policial, con el sigilo y la rapidez que estos casos requieren, penetraron en el inmueble delatado por el informante, derribaron de un solo impacto de bota militar la puerta del apartamento que daba cobijo a los conspiradores y, un segundo después, todos los cuatros revolucionarios —por tanto, el informador incluido— notaron en sus cuellos respectivos el frío de los cañones de los fusiles de asalto reglamentarios, lo que indújoles a la rendición instantánea y, tras la rendición, a la entrega del borrador, que estimaban definitivo, del comunicado que pensaban imprimir y, posteriormente, distribuir en los mercados, en las puertas de los cinematógrafos, en las gasolineras y en las puertas de las naves de producción, para la captación de la complicidad ciudadana, de suyo candorosa. El tal comunicado contenía los siguientes extremos:

## Comando Redactor del Ejército de la Vanguardia de la Dictadura de la Verdad Absoluta Revolucionaria ¡Comunicado único!

### *Exordio*

Esta con excesiva arrogancia bautista denominada especie humana, sometida a unas leyes inmundas procedentes de la con premura asquerosa denominada civilización, y encima sometida en nuestra patria a subleyes segregadas desde un repugnante sistema social dominado con exceso de altanería democracia absoluta, está, sin género de duda alguna, precipitándose en la disipación, el nerviosismo, el horror, el tráfico rodado, la soledad, el consumo, la angustia, el egoísmo y la presunción, síntomas todos ellos de una enfermedad que requiere tratamiento quirúrgico de urgencia: que no puede ser otro que el de la implantación de la Dictadura de la Verdad Absoluta Revolucionaria. Nosotros, los miembros de la Vanguardia de la Dictadura de la Verdad Absoluta Revolucionaria, proclamamos en esta fecha y hora la Guerra a Muerte a la democracia absoluta que nuestro amado Pueblo viene padeciendo con inconcebibles sufrimiento y paciencia y anunciamos que la Salvación Popular (SP) ha comenzado. Las etapas de salvación previstas en nuestro proceso revolucionario serán cuatro, como Cuatro son los Jinetes del Apocalipsis Integrado (CJAI) a los que la Revolución Absoluta deberá primero humillar y seguidamente exterminar sin piedad ni reparo. Tales Cuatro Jinetes del Apocalipsis Integrado serán destruidos por el siguiente orden y bajo las siguientes razones:

### *1. Contra el Embrutecimiento Obtenido de Forma Subliminal pero no obstante Inexorable Mediante el Asentimiento a la Televisión Pública o Privada (CEOFSIMATPP)*

La con vergonzoso entusiasmo bautista denominada especie humana ha dado contundentes pruebas de una imbecilidad impropia de una especie que debería haber sido —y que llegará a serlo mediante la implantación de la Revolución Absoluta— verdaderamente humana. Y he aquí que ahora a la Inteligencia Revolucionaria le es dado colegir una nueva y reciente prueba —de la dicha imbecilidad de la dicha especie apresuradamente denominada humana— y esa prueba reciente no es otra que la de su asentimiento —el de la especie— y aún su entusiasmo —el de la especie— ante la existencia del más criminal abismo de anestesia de los ciudadanos de la era contemporánea: la Televisión o pequeña pantalla: bajo su tamaño en apariencia inofensi-